

Herrera y Cairo y Neri eran contados entre los muertos, al día siguiente sin embargo se nos incorporaron llevando consigo el mas insignificante de los grupos salvados en aquella espantosa derrota.

Se perdieron muchos equipajes, cargas de víveres, gran cantidad de municiones de guerra, algun dinero y nuestras dos pequeñas piezas de artillería.

El doctor perdió su botiquín lo mismo que su preciosa caja de amputaciones.

No perdimos banderas porque no acostumbraban llevarlas aquellas tropas.

El botín fué inmenso para los imperialistas, principalmente en caballos y mujeres, pues deben haber tomado entre unos y otras mas de diez mil prisioneros.

Llevábamos al retirarnos el camino de la hacienda de la Albarrada: al oscurecer tomamos una senda extraviada y pernoctamos, al estilo de los salteadores, en el fondo de una barranca á donde no llegaba mas que el agua de un arroyo que se deslizaba por entre la grietas de las montañas.

Nuestros lechos eran de húmeda arena y nuestro pabellón el estrellado firmamento; pero dormimos todos muy bien, dándonos el descanso de seis horas que tanto apetecíamos.

CAPITULO XIV.

MUERTE DE ROJAS.

Ya ántes nos habíamos horrorizado en la travesía que hicimos de Zapotlán á Colima, viendo con la más invencible repugnancia, con el desconsuelo más profundo, con la más grande indignación, que los soldados de Rojas y Simon Gutierrez quemaban los ranchos, las haciendas y los graneros por el solo placer de quemarlos, y mataban á los hombres y á las mujeres por el gusto de aprovechar aquellos momentos en que se podían cometer los mayores crímenes con la más segura impunidad. Hoy estábamos tambien condenados los pocos hombres decentes que allí habíamos á presenciarse nuevas y más tremendas atrocidades, porque

ahora ya no habia el menor freno que pudiera contener á todos aquellos desalmados.

No hubo casa ni casucha en nuestro tránsito que no fuera saqueada, ni poblacion que no se destruyera. Piaya, el Conejo, el Platanar, la hermosa hacienda de San Márcos y todo cuanto más se encontraba á nuestro paso, fué reducido á escombros. Semejantes ó peores que los vándalos aquellos salvajes, defensores de nuestra autonomía, iban dejando atrás sólo ruinas, desolacion y espanto. Ni siquiera llevaban el objeto de hacer mal al enemigo que estaba provisto de todo, sinc á ellos mismos que tenian que vivir del país y que estaban destruyendo sus propios elementos. Pero ¿qué reflexionan ni qué saben de esto las hordas desmoralizadas?

Ya era imposible soportar aquello, y al trasponer uno de los últimos ranchos incendiados, nos agrupamos los amigos en torno del gobernador de Colima y le dijimos:

—Señor, esto no puede tolerarse.

—Señor, le dije yo, es más que sacrificio estar presenciando todos esos desastres. No parecemos ya los amigos sino los enemigos de la República. Es preciso resolvernos á una de dos cosas: ó dejamos las armas, ó libramos á estos pueblos de tantos bandidos.

—Y qué hacer?

—Revestirse de energía y fusilar á todos los que roben, á todos los que maten, á todos los que incendien.

—Ya hemos dado un decreto al llegar á Colima imponiendo la pena de muerte á los que hicieran la me-

nor de esas fechorías..... que no fué obedecido! dijo Don Julio poco despues con amargura.

—Hoy no se decreta, hoy se hace, exclamó uno.

—Es preciso moralizarnos, exclamó otro, ó damos lugar á que los mismos pueblos se levanten contra nosotros y nos acaben.

Lo primero que hice cuando llegamos á Zapotlan, fué dirijirme á la imprenta de Fuentes, en donde habia dejado Rojas el plan de Zacate Grullo para que se imprimiera, y todos los ejemplares fueron destruidos con escepcion de algunos que se habian extraido seguramente y mandado á México con toda cautela. Yo mismo habia roto con mis propias manos las tres copias originales, é intacto habia visto consumirse por el fuego el paquete íntegro de los impresos; ¿cómo al poco tiempo lo vimos publicado en los diarios de México? *That is the question.*

Los generales García y Rojas tuvieron el mismo dia de llegados una explicacion. El segundo opinaba que el único medio de hacer una guerra fructuosa era el terror, como se lo demostraba su propia esperiencia. Varias victorias se habian alcanzado sólo con que alguno de los suyos hubiera tenido la ocurrencia en el momento de la pelea de levantarse la parte delantera del sombrero y exclamar: ¡Aquí está Rojas! ¿Por qué era esto? porque el enemigo le temblaba, y le temblaba porque estaba acostumbrado á sacar los ojos y á hacer peores diabluras con los enemigos. En consecuencia, no estuvo conforme con las proposiciones de órden y moralidad que le hizo el general García, tanto más cuanto que los ricos eran muy duros para soltar

los recursos, y era preciso para que los dieran ó fusilar á unos cuantos ó quemar las poblaciones.

—Pues ese sistema de guerra no me conviene, le contestó García, yo soy gobernador de un Estado y...

—Pues nos separaremos y asunto concluido.

Por supuesto que yo modifiqué mucho las palabras lo mismo que los hechos, pues la verdad es que se pusieron verdes y que echaron mano á las pistolas, teniendo que intervenir los respectivos secretarios para que no fuera mayor el escándalo.

La fuerza más numerosa y mejor organizada en aquellos momentos era la de Don Julio García. Tenía doscientos caballos y doscientos infantes de buena tropa. Los restos de Rojas y de Simon Gutierrez apenas llegarían á 300 y en un estado lastimoso. La mayor parte se habían venido desbandando por el camino ó formando cuadrillas de ladrones. Podía, pues, el primero haber aceptado otro de nuestros consejos, que era refundir en sus tropas aquellas chusmas que no iban en lo sucesivo más que á causar daños á las poblaciones, y afirmábamos la idea con razonamientos como este:

—Vd. salvará á estos Estados de nuevas depredaciones, se hará el hombre de la situación y triunfará con el auxilio de los pueblos que correrán á ponerse á sus órdenes, cuando vean que tienen con Vd. plenas garantías.

Ni nosotros ni los particulares de Zapotlan pudimos conseguir nada en este sentido. García había combatido antes á las órdenes de Rojas y lo respetaba; tenía, además, en su conciencia que no podía te-

ñir sus manos con la sangre de aquellos hombres que, por más crímenes que cometieran, peleaban y habían peleado desde hacia muchos años en defensa de la libertad.

Al día siguiente se marcharon sin despedirse de nosotros Rojas y Simon Gutierrez con su chusma de bandidos, pudiendo ya nosotros respirar con todos nuestros pulmones, como si se nos hubiera quitado un peso de encima. Tomaron el rumbo de Tecolotlan, llevándose intacto el dinero sacado anteriormente en Zapotlan y Sayula, sin dignarse dar un centavo á las fuerzas de Colima que le habían servido hasta allí de custodia.

Parecía que había vuelto á nosotros la tranquilidad; pero nada de eso, á las pocas horas supimos que la familia de un liberal que vivía en un pueblecito inmediato, había sido atropellada, y que se iba asesinando á los hombres pacíficos y quemándose las casas, cometiéndose desmanes que la pluma se resiste á referir.

Será bueno, pues, omitirlos, y llegar al término de la historia de Rojas, que no duró ya sino unos cuantos días.

Las hazañas de Rojas habían llamado la atención de los jefes franceses, y se propusieron emplear los mayores recursos para exterminarlo, rodeándolo de contra-guerrillas.

En una mañana, cuando Rojas estaba más descuidado con su gente, al margen de un río, fiándose en que el enemigo que le perseguía había llegado á perderle la pista, dejó que sus soldados quitaran sillas, bañaran sus caballos y ellos mismos se asearan, mien-

tras á él se le servía un frugal almuerzo á la sombra de un árbol.

Allí fue sorprendido Rojas: este hombre extraordinario que tanto combatió por las instituciones republicanas, seguramente sin comprenderlas, derramando más sangre humana que todos los tiranos del mundo; este hombre que fué el terror de los pueblos y de las familias de Jalisco; este hombre que debió haber muerto cien ocasiones en un patíbulo, pereció gloriosamente disparando su rifle contra los invasores.

El que lo mató fué tambien un asesino terrible que derramaba el luto entre todos los habitantes de las comarcas que recorría, cometiendo actos más censurables que Rochin y Simon Gutierrez. Ese bandido execrable se llamaba Mr. Berthelin, comandante de zuavos.

La banda de Rojas fué destrozada en aquel encuentro y no volvió más á reunirse. El botín adquirido por Mr. de Berthelin y los suyos consistió en más de cuarenta mil pesos muy bien encostalados, en barras de plata y oro, en alhajas y en un buen número de armas y municiones.

Dos años despues fué vengada la muerte de Rojas por el general Julio García, el cual personalmente partió de un sablazo la cabeza de Berthelin, á quien buscó con ahinco al frente de cien hombres bien montados y armados hasta cumplir el juramento que habia hecho en nuestra presencia al saber el fin desastroso del que fué su amigo y su jefe.

Con la muerte de Rojas el Sur de Jalisco comenzó á respirar más libremente, y los pechos se abrieron de nuevo á la esperanza. ¿Qué importaba que Barthelin

y otros contraguerrilleros más feroces todavía hicieran una guerra sin cuartel á los republicanos, si estos no perdian ni podian perder la fé en el triunfo de su santa causa?

Nuestra pequeña brigada fué entónces el punto de mira de los imperialistas, y comenzó á hacérsele una persecucion encarnizada. No podiamos hacer frente al enemigo y teniamos que andar huyendo de dia y de noche, refugiándonos en los puntos más escabrosos, sin que nos dieran tiempo, no ya para organizarnos, pero ni siquiera para comer y dormir tranquilamente.

Nos hallábamos un dia descansando en una hacienda cercana al pueblecillo de San Gabriel, pensando en volvernos á sufrir las calamidades de la costa, á donde no podiamos ser seguidos de los franceses, cuando apareció en nuestro campo el distinguido patriota Benito Zenea. Habia recibido la comision del general Echegaray de buscarnos hasta donde nos encontrara y de combinar nuestra incorporacion á sus fuerzas, una vez que habian desaparecido los obstáculos que fatalmente nos acompañaban ántes para verificarlo. Lo recibimos como se recibe á un salvador: á más de que sabiamos que el general Echegaray tenia 400 hombres perfectamente organizados, deseábamos que tomara el mando un hombre de prestigio militar.

Nuestra incorporacion se verificó en C. Guzman. La fuerza de Echegaray era reducida, pero se notaba en ella desde luego un orden y una disciplina que hacia tiempo entre nosotros estaban brillando por su ausencia. Mandaba un cuerpo de infantería el general Julio Cervantes, la caballería el coronel Villa Gomez

y al artillería compuesta de tres piezas de montaña, Benito Zenea.

Echegaray no tenía secretario, y yo desempeñé esas funciones redactándole desde luego una proclama en que se daban garantías á los pueblos y se exhortaba á los habitantes pacíficos á que volvieran á su trabajo, conminando á la vez con penas terribles á los que, con pretexto de defender á la República, cometieran la más leve falta en desprestigio de la causa que defendíamos. Estas y otras proclamas del general Garcia en el mismo sentido circularon con profusion, haciendo renacer la confianza pública. El comercio comenzó á dar señales de vida, los trabajos del campo dejaron de estar paralizados, y nosotros pudimos contar con mayor número de elementos.

Tal fué nuestra actitud, que el enemigo comenzó á respetarnos, dejándonos un reposo de más de quince dias en los cuales pudimos darnos una regular organizacion. La gran plaza de Zapotlan se vió convertida en un campamento, en el cual se elaboraba parque, se construía vestuario, se componían y limpiaban las armas, se daba instruccion á la tropa y se hacían, en fin, toda clase de preparativos para el combate. Muy bien sabíamos que el enemigo por su parte no se dormía sobre sus laureles, sino que se preparaba también para lanzar las columnas que debían de envolvernos.

No tardamos en tener la noticia de que el general Oronoz había salido de Colima con 1.500 hombres en combinacion con las fuerzas que tendrían que mandarse á la vez de Guadalajara y de Morelia sobre nosotros.

Se decidió entonces batir á Oronoz que era el primero que debía presentarse: para conocer la situacion de nuestras tropas se dispuso un ejercicio de fuego y se observó que nuestros reclutas, seiscientos hombres por lo menos, bastante mal armados, estaban listos si quiera para disparar sus armas que era lo que de pronto se necesitaba.

Marchamos al dia siguiente al encuentro del enemigo y tomamos posiciones en la hacienda de Huescalapa, pero le estuvimos esperando inútilmente, porque hizo alto para organizar mejor el ataque. Entonces Echegaray quiso aprovechar la ocasion eligiendo un punto mas estratégico, y despues de andar errando aquí y allá, venimos por fin á situarnos en el cerro del Aguacero. Teníamos allí á nuestros piés la barranca infranqueable de Atenquique, á nuestra espalda la montaña inaccesible y á nuestros flancos el abisco. Era tanto como si nos hubiéramos subido al cielo, como si estuviéramos á mil leguas del menor deseo de combatir.

Ornoz venciendo grandísimas dificultades, y una vez que por nadie era molestado, logró situar su campamento al pie del cerro que ocupábamos á distancia de medio tiro de cañon.

Ya fuera con el fin de practicar un reconocimiento de nuestras posiciones ó con una sana intencion, tomó una bandera blanca y se aproximó él mismo con dos ayudantes hasta ponerse al alcance de la voz.

—Antes de romper los fuegos, dijo, solicito una conferencia con el jefe de las armas.

—Está concedida, contestó Zenea que era el más avanzado.

Y se arregló que se verificaría aquella misma tarde la entrevista.

En el próximo capítulo se conocerá el fin que tuvo este episodio.

prado profecto de Colima en lugar de D. José María
Medoza que estaba completamente odiado por su ig-
norancia y sus arbitrariedades.

Nuestra situación, como se comprende, era de las
más críticas, mas que para imponer condiciones esta-
bamos para pedir que después de salidos de aquel ato-
lladero se nos dejara seguir el uso de la vida. Pero
hay aquí que hacer honor al general Echegaray y Je-
vantar muy alto su nombre, su firmeza no llegó á
haber en un momento, y ni Zenea ni yo llegamos á
tener que acudir en su auxilio como nos habíamos pro-
puesto.

CAPITULO XV.

ESCARAMUZAS.

La entrevista se efectuó aquella misma tarde en un
lugar descubierto que habia en la falda de la montaña.
Por nuestra parte concurrimos Echegaray, Zenea y el
que esto escribe. Por la parte contraria asistieron á
conferenciar Oronoz y dos coroneles.

El general imperialista nos propuso la sumision, ha-
ciéndonos en cambio las siguientes concesiones que es-
taba autorizado á cumplir: el mando de una division
para Echegaray, en la cual quedarían todos sus oficia-
les colocados con un ascenso. Los puestos civiles que
deseáramos para aquellos que no quisiéramos seguir
la carrera militar. El general Julio García seria nom-